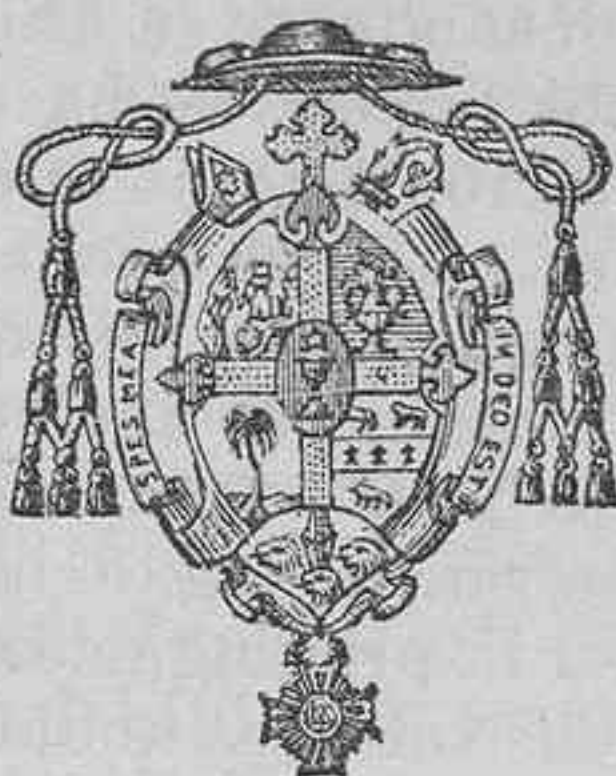


BOLETIN



OFICIAL

DEL
OBISPADO DE BADAJOZ

SUMARIO: Viaje del Prelado. — Carta Encíclica de nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII - Edicto de la Delegación de Capellanías. — Vigilia de Pentecostés. — Toma de posesión. — Colectas. — Cuentas de Fábrica. — Estados Parroquiales. — Anuncios.

VIAJE DEL PRELADO.

Nuestro Excmo. y Rvmo. Prelado ha llegado sin novedad á Madrid con el fin de asistir al solemne TE-DEUM, que con motivo de la Coronación de S. M. el Rey Don Alfonso XIII (q. D. g.) ha de celebrarse en la Iglesia de San Francisco el Grande el día 17 de los corrientes.

Carta Encíclica de Nuestro Santísimo Señor León

POR LA DIVINA PROVIDENCIA PAPA XIII

A todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del orbe Católico

LEÓN PAPA XIII

Venerables Hermanos: Salud y Bendición Apostólica.

Habiendo llegado el año vigésimoquinto de Nuestro Apostólico ministerio, y asombrado Nós mismo de lo largo de la carrera que en medio de amargos y continuos cuidados hemos recorrido, Nos sentiamos muy naturalmente inclinados

á levantar nuestro pensamiento á Dios, siempre bendito, que entre otros muchos favores se ha dignado concedernos un Pontificado de duración tal que apenas registra la historia algunos semejantes. Así es que al Padre de todos los hombres, á Aquel que guarda el misterioso secreto de la vida, dirigimos Nuestro himno de acción de gracias por imperioso movimiento de Nuestro corazón. Y ciertamente, la mirada del hombre no puede llegar hasta lo íntimo de los designios del Señor en la prolongación, superior á toda esperanza, de los días de Nuestra ancianidad, punto en que no Nos cabe sino la adoración y el silencio. Mas, á pesar de ello, hay algo que sabemos perfectamente, y es que, si le plugo, si le place todavía conservar Nuestra existencia, Nos incumbe un grandísimo deber: el de vivir para bien y engrandecimiento de su Esposa inmaculada, la Santa Iglesia, y, lejos de desanimarnos por cuidados y fatigas, consagrarla lo que Nos reste de fuerzas hasta Nuestro postrer aliento.

Luego de haber pagado el debido tributo de gratitud á Nuestro Padre celestial, á quien pertenece eternamente todo honor y gloria, grátísimo Nos es volver á vosotros Nuestro pensamiento y dirigiros la palabra, Venerables Hermanos, porque llamados vosotros por el Espíritu Santo á gobernar escogidas porciones del rebaño de Cristo, participáis de esa manera con Nós en las luchas y los triunfos, en los dolores y las alegrías del ministerio Pastoral. No; jamás se borrarán de Nuestra memoria las abundantes y repetidas pruebas de religiosa veneración que Nos habeis prodigado durante el curso de Nuestro pontificado, y que todavía multiplicais, con amorosa emulación, en los actuales momentos. Unidos ya íntimamente á vosotros por deber y por paternal amor, esas pruebas, que Nos son gratas sobre todo encarecimiento, Nos aprietan á vosotros con mayor fuerza, no tanto por lo que afectan á Nuestra persona, como por la inviolable adhesión que declaran á esta Apostólica Sede, centro y columna de todas las de la catolicidad. Si siempre ha sido necesario que en los diversos grados de la jerarquía Eclesiástica todos los hijos de la Iglesia se mantuvieran con gran celo unidos por los vínculos de una recíproca caridad y la consecución de unos mismos designios, de manera que no tengan sino un sólo corazón y una sola alma, esta unión ha venido á ser en nuestros tiempos más indispensable que nunca. Y, efectivamente, ¿quién puede ignorar la inmensa conjuración de fuerzas hostiles que tiende ahora á arruinar y á hacer desaparecer la obra máxima de Jesucristo,

procurando, con encarnizamiento que no conoce límites, arrebatarse al hombre, en el orden intelectual, el tesoro de las divinas verdades, y arrancar de raíz, en el orden social, las instituciones cristianas más santas y saludables? Todo esto vosotros mismos lo observáis diariamente; vosotros, que Nos habéis expresado más de una vez vuestra alarma y vuestra angustia, deplorando la multitud de preocupaciones, de errores y de falsos sistemas en que impunemente se imbuje á la multitud. ¡Cuántos lazos no se tienden por doquier contra las almas inocentes! ¡Cuántos obstáculos no se amontonan para debilitar y, cuanto sea posible, anular la acción de la Iglesia! Y entre tanto, como para añadir la befa á la injusticia, se dice de la misma Iglesia que no sabe recobrar su antigua virtud y que es impotente para encauzar el torrente de desbordadas pasiones que amenaza arrasarlo todo.

Bien querríamos hablaros, Venerables Hermanos, de asunto menos triste y más conforme á la feliz coyuntura que Nos mueve á dirigir la palabra; mas nada autoriza otro lenguaje, ni las pruebas por que atraviesa la Iglesia, que exigen con las mayores instancias un rápido auxilio, ni la condición de la sociedad contemporánea, la cual, hondamente trabajada en el orden moral y material, se encamina al más sombrío porvenir con el abandono de las grandes tradiciones cristianas; porque, en virtud de una ley providencial, confirmada por la historia, no se puede atentar contra los grandes principios religiosos sin conmover al mismo tiempo las bases del orden y de la prosperidad social. En tales circunstancias, para que las almas recobren aliento y para aprovisionarlas nuevamente de fé y valor, Nos parece que será oportuno y útil considerar atentamente en su origen, en sus causas y en sus múltiples formas la guerra implacable que se mueve á la Iglesia y, declarando las funestas consecuencias que entraña, señalar su remedio. Resuene, pues muy alto Nuestra palabra, aun cuando ha de recordar verdades afirmadas en otras ocasiones; sea oída, no solamente por los hijos de la unidad católica, sino también por los disidentes, y hasta por los infelices que nada creen, ya que todos son hijos del mismo Padre y todos están destinados al mismo y supremo bien; sea acogida, finalmente, como testamento que, á la corta distancia en que Nos hallamos de las puertas de la eternidad, queremos dejar á los pueblos, á modo de presagio de la salud que á todos deseamos.

En todo tiempo ha tenido que luchar y padecer por la

verdad y la justicia la Iglesia Santa de Cristo. Instituida por el mismo divino Redentor para propagar en el mundo el reinado de Dios, ha de conducir á la humanidad decaída, alumbrándola con los resplandores de la ley evangélica, á su inmortal destino, es decir ha de ponerla en posesión del infinito bien que Dios nos tiene prometido y á cuya altura jamás llegaríamos por solas nuestras fuerzas: misión divina, que no puede cumplir sin chocar en las innumerables pasiones que nos legó el antiguo pecado y la corrupción que el pecado introdujo; soberbia, codicia, desenfrenado amor de los goces materiales, y contra los vicios y desórdenes que todo eso produce, todos los cuales han encontrado en la Iglesia el freno más poderoso.

El hecho de tales persecuciones no debe maravillarnos. ¿Acaso no fueron anunciadas por el divino Maestro y no sabemos que durarán tanto como el mundo? Y, en efecto, ¿que dijo á sus discípulos el Salvador cuando les envió á derramar el tesoro, de su doctrina en todas las naciones? Nadie lo ignora: «Seréis perseguidos de ciudad en ciudad á causa de mi nombre; seréis odiados y vilipendiados; seréis llevados á los tribunales y condenados á los mayores castigos.» Y para animarles á soportar tales pruebas, Él mismo se les dió en ejemplo: «Si el mundo os aborrece, sabed que primero que á vosotros me aborreció á mi.» *Si mundus vos odit, scitote quia me priorem vobis odio habuit.* (1) Esas son las alegrías, esos los premios que el divino Salvador nos promete en la tierra.

Quien juzgue sana y sencillamente de las cosas, jamás podrá descubrir la razón de semejante odio. ¿A quien ofendió jamás el divino Redentor, ni en qué vino nunca á desmerecer? Habiendo bajado del Cielo á impulso de infinita caridad, predicó una doctrina intachable, consoladora, adecuada cuanto no se puede ponderar para unir fraternalmente á todos los hombres en la paz y el amor. No vino á ambicionar grandezas terrenas, ni honores mundanos, ni usurpó el derecho de nadie; sino muy al contrario, se le vió mostrarse infinitamente compasivo con los débiles, los enfermos los pobres, los pecadores y los oprimidos; de modo que pasó por el mundo derramando entre los hombres á manos llenas celestiales beneficios. Fué, pues, sencillamente un exceso de malicia de parte de los hombres, exceso tanto más lamentable cuanto fué más injusto; y, según la profecía de Simeón,

(1) San Juan, XV, 18.

el Salvador se hizo blanco de contradicción en la tierra: *Signum cui contradicetur*. (1)

Siendo esto así ¿hay razón para maravillarse de que la Iglesia Católica, que es la continuadora de la divina misión de Nuestro Señor Jesucristo y la incorruptible depositaria de su verdad, no se haya librado de la suerte que cupo a su Fundador? El mundo no varía. Al lado de los hijos de Dios se hallan siempre los secuaces del gran enemigo del género humano, de aquel que, rebelde desde el principio con el Altísimo, es llamado en el Evangelio príncipe de este mundo. Y ved ahí por qué enfrente de la ley divina y de quien se la presente en nombre de Dios, este mundo siente hervir y levantarse dentro de sí propio un espíritu de independencia á que no tiene ningún derecho. ¡Ah! ¡Cuántas veces, con inaudita crueldad, con descarada injusticia; cuántas veces, en las épocas más revueltas y para evidente ruina de la sociedad, los enemigos de la Iglesia se han formado en columnas cerradas á fin de destruir la obra de Dios!

Si un género de persecución resultaba ineficaz, se probaba otro. Durante tres largos siglos, el imperio romano, abusando de la fuerza bruta, sembró todas sus provincias con los cuerpos de nuestros mártires y enrojeció con su sangre el suelo todo de esta sagrada ciudad. Luego la herejía, unas veces disfrazada, otras á cara descubierta, recurrió á los sofismas y á toda suerte de pérfidos artificios para desgarrar la armonía de la Iglesia y su unidad. Como tromba devastadora se desencadenaron después por el Norte, los bárbaros, y el islamismo por el Mediodía, dejando por dondequiera que pasaban montones de ruinas en inmensos desiertos. Así se transmitió de siglo en siglo la triste herencia del odio con que siempre luchó la Esposa del Cordero. Entonces sobrevino un cesarismo, tan desconfiado como potente, envidioso de la ajena grandeza por mucho que hubiera desarrollado la propia, y que se aplicó de nuevo á dirigir continuos asaltos á la Iglesia para arrebatársela sus derechos y pisotear su libertad. Estalla el corazón de sentimiento contemplando á esta Madre abrumada con tanta frecuencia de indecibles angustias y dolores, á pesar de lo cual, triunfando de todos los obstáculos, de todas las violencias y de todas las tiranías, siempre fué alzando en nuevos territorios sus pacíficas tiendas, salvando de la destrucción el glorioso patrimonio de las artes, de la historia, de las ciencias y las

(1) San Lucas, II, 34.

letras, y, comunicando profundamente el espíritu del Evangelio á todo el cuerpo social, creaba la civilización cristiana, á que deben los pueblos, sometidos al benéfico influjo de la Iglesia, la equidad en sus leyes, la suavidad de costumbres, la protección á los desvalidos, la piedad para con los pobres y desdichados, el respeto á los derechos y dignidad del hombre, y por todo eso, y cuanto es posible en medio de las fluctuaciones humanas, aquella paz de la vida social que procede del prudente consorcio de la justicia y la libertad.

Estas pruebas de la intrínseca bondad de la Iglesia son tan sublimes y brillantes como continuas; no obstante lo cual, al modo que sucedía en la Edad media y durante los primeros siglos, también en épocas más cercanas á nosotros vemos á la Iglesia combatida, en cierto sentido más dolorosamente que nunca. A consecuencia de antecedentes históricos ya bien conocidos, la llamada Reforma levantó en el siglo XVI el estandarte de la rebelión y, resuelta á herir á la Iglesia en el corazón mismo, combatió contra el Pontificado, cortó los preciosos vínculos de la antigua unidad en la autoridad y la fé que, centuplicando muchas veces la fuerza, el prestigio y la gloria, gracias á la armoniosa concordia en unos mismos propósitos, había reunido en todos los pueblos bajo un solo cayado y un sólo pastor, é introdujo en las filas cristianas un principio funesto de lamentable disgregación.

No afirmamos con esto que desde el principio de aquel movimiento hubiera el propósito de desterrar el principio cristiano del seno de la sociedad; mas negando, por una parte, sumisión á la supremacía de la Sede de Roma, causa efectiva y lazo de la unidad, y proclamando, por otra, el principio del libre exámen, conmovia hasta en lo más hondo de sus cimientos el divino edificio, y se abrió el camino á infinitas variaciones, á la negación, á la duda en asuntos de la mayor importancia, en términos que la realidad sobrepujó las previsiones de los mismos novadores.

Abierto así el camino, surgió entonces el filosofismo orgulloso y burlón del siglo XVIII, que fué más adelante. Hizo chacota de los libros de la Sagrada Escritura y rechazó en junto las verdades divinamente reveladas, y lo hizo con el fin de arrancar de la conciencia de los pueblos toda creencia religiosa y borrar en ellos hasta el postrer vestigio del espíritu cristiano. De esta fuente manan el racionalismo y el panteísmo, el naturalismo y el materialismo,

sistemas funestos y deletereos que reinstauraron con nuevas apariencias antiguos errores, ya victoriosamente refutados por los Padres y los Doctores de la Iglesia; de suerte que el orgullo de los siglos modernos, por exceso de confianza en sus propias luces, quedó herido de ceguera y, al modo que le sucedió al paganismo, vive de quimeras, aun en aquello que especialmente concierne á los atributos del alma humana y á los inmortales destinos que constituyen su glorioso privilegio.

La guerra contra la Iglesia tomó así un carácter de mayor gravedad que en el pasado, no tanto por la vehemencia del ataque, cuanto por su universalidad. La incredulidad contemporánea no se limita, en efecto, á poner en duda, ó negar, esta ó la otra verdad de fe. Sus ataques se dirigen al conjunto mismo de principios que la revelación consagra y la verdadera filosofía sostiene, principios santos y fundamentales que declaran al hombre el objeto final de su paso por la vida, que le sostienen en el cumplimiento de sus deberes, que le infunden en el alma fortaleza y resignación y que, prometiéndole una justicia incorruptible y una felicidad completa más allá de la muerte, le enseñan á subordinar el tiempo á la eternidad, la tierra al Cielo. ¿Y con qué se reemplazan estas máximas, estos incomparables consuelos que suministra la fé? Con un espantoso escepticismo, que hiela los corazones y ahoga en las conciencias toda aspiración generosa.

Como vosotros lo veis, Venerables Hermanos, harto han transcendido estas funestas doctrinas del campo de las ideas á la vida exterior y la esfera pública. Grandes y poderosos Estados no cesan de practicarlas. imaginando, que así trabajan por la civilización y se colocan á la cabeza del progreso. Y como si los poderes públicos no debieran concentrar en sí mismos y reflejar cuanto hay de más sano en la vida moral, se creen relevados de la obligación de honrar á Dios públicamente, y sucede con sobrada frecuencia que, alardeando de permanecer indiferentes con todas las religiones, de hecho mueven guerra á la única establecida por Dios.

Este sistema de ateísmo práctico debia acarrear y, efectivamente, ha acarreado, una profunda perturbación en la esfera de la moral; porque, como ya lo entrevieron los sabios más famosos de la antigüedad pagana, la religión es el principal fundamento de la justicia y la virtud. Cuando se rompen los lazos que unen al hombre con Dios, Legislador Soberano y Juez universal ya no queda sino un fantasma de

moral, moral exclusivamente civil ó como suele llamarse, independiente, la cual, haciendo abstracción de toda razón eterna y toda ley divina, nos arrastra sin remedio por una fatal pendiente á la postrer consecuencia de proponer como ley del hombre el hombre mismo. Incapaz desde este punto de elevarse en alas de la esperanza cristiana hasta el supremo bien, ya no busca mas alimento que el material en los goces y comodidades de la vida; se despiertan en él la sed de placeres, la codicia de riquezas el inmoderado deseo de rápidas y desmedidas ganancias, aun con ofensa de la justicia; en él se inflama toda suerte de ambiciones y no sé qué febril y frenética avidez de satisfacerlas, aunque sea de un modo ilícito; por último, se apoderan de él, como dominadores, el menosprecio de las leyes y el desenfreno de las costumbres, los cuales, generalizándose, producen una verdadera decadencia de la sociedad.

¿Exageramos, por ventura, las tristes consecuencias de los dolorosos desórdenes de que hablamos? No, porque ahí está á nuestro alcance la realidad, y la realidad, confirma sobradamente Nuestras deducciones. Evidente es, en efecto, que si no se las robustece cuanto antes, hasta las bases de la] sociedad van á conmoverse, y que envolverán en su ruina los grandes principios del derecho y de la moral eterna.

De ahí provienen los graves daños que ha recibido todo el cuerpo social, comenzando por la familia. El Estado secular, sin acordarse de sus límites ni del fin esencial de la autoridad que le compete, ha puesto la mano en el vínculo conyugal, para profanarlo despojándole de su carácter religioso; ha usurpado, en cuanto le ha sido posible, el derecho que por ley natural asiste á los padres en cuanto se refiere á la educación de sus hijos y en muchas partes ha destruido la indisolubilidad del matrimonio, otorgando la sanción legal á la licenciosa institución del divorcio. Conocidos son los resultados de semejantes extralimitaciones y como han crecido cuanto no se puede decir el número de matrimonios, apenas esbozados por el estímulo de pasiones vergonzosas, cuando ya disueltos en trágicas contiendas ó en escandalosas infidelidades. Y nada decimos de los hijos de estos matrimonios, inocente descendencia que queda abandonada ó pervertida, en unos casos por el mal ejemplo de los padres y en otros por el veneno que el Estado, oficialmente ateo, le suministra diariamente.

Al par de la familia se ve puesto en peligro el orden polí-

tico y social, principalmente por las nuevas doctrinas, que, atribuyendo á la soberanía un falso origen, han destruido así su verdadero concepto. Porque si la autoridad soberana procede formalmente del consentimiento de la multitud, y no de Dios, principio supremo y eterno de todo poder, pierde á los ojos de los súbditos su carácter más augusto y degenera en una soberanía artificial que tiene por fundamento bases inestables y movedizas, como la voluntad de los hombres, de la cual se la quiere derivar. ¿Y no vemos también las consecuencias de este error en las mismas leyes? Con harta frecuencia, en vez de ser la *razón escrita*, esas leyes no expresan sino la fuerza del número y la voluntad predominante de un partido político. De esta manera se halaga el culpable apetito de la multitud y se aflojan las riendas á las pasiones del pueblo, hasta cuando turban la laboriosa tranquilidad de los ciudadanos, salvo el acudir en los casos extremos á la represión violenta y á la consiguiente efusión de sangre.

Una vez repudiados los principios cristianos, que tan poderosa eficacia tienen para sellar la fraternidad de los pueblos y hacer de la humanidad entera una especie de inmensa familia; una vez repudiados esos principios, poco á poco ha ido prevaleciendo en el orden internacional un sistema de envidioso egoísmo merced al cual unas naciones miran á las otras, si no siempre con odio por lo menos con desconfianza de rivales; de donde se sigue que en todas sus empresas se olvidan fácilmente de los grandes principios de moralidad y justicia y de la protección á los débiles y oprimidos. En el deseo que les espolea de acrecentar indefinidamente su riqueza, las naciones solo miran ya á la ocasión y las circunstancias, á la utilidad del éxito y á la tentadora fortuna de los hechos consumados, seguras de que nadie las inquietará después en nombre del derecho y del respeto que le es debido: principios funestos, que han proclamado la fuerza material como ley suprema del mundo, á los cuales ha de imputarse el progresivo y desmesurado aumento de aprestos militares ó esta paz armada, comparable á los desastrosos efectos de la guerra en bien de conceptos.

Semejante lamentable confusión de ideas ha hecho germinar en las clases populares la iniquidad, el malestar y el espíritu de rebeldía, de donde se siguen la agitación y los presentes desórdenes, que presagian tormentas más espantosas todavía. La miserable condición de parte del ínfimo pueblo, digno, ciertamente, de regeneración y amparo, sirve admirablemente á los propósitos de hábiles agitadores y de modo

especial á los del socialismo, los cuales, prodigando á las clases más humildes toda suerte de falsos ofrecimientos, preparan la consecución de los más espantosos designios.

Quien se aventura por una pendiente peligrosa, cae forzosamente en el abismo. Con lógica que ha venido á vengar la conculcación de ciertos principios, ha se organizado una verdadera asociación de criminales. Dotada de un instinto salvaje, desde sus primeras manifestaciones dejó consternado al mundo. A consecuencia de su sólida constitución y de sus ramificaciones internacionales, en todas partes osa levantar su mano execrable sin temor á ningún obstáculo y sin retroceder ante ninguna maldad. Renegando de todo vínculo social y menospreciando cínicamente las leyes, la religión y la moral, sus adeptos han tomado el nombre de *anarquistas* y se proponen destruir la sociedad actual por todos los medios que pueda sugerir una pasión ciega y salvaje. Y como la sociedad recibe la unidad y la vida de la autoridad que la rige, contra la autoridad dirige sus tiros la anarquía en primer término. ¿Cómo no estremecerse de horror é indignación, y al mismo tiempo de lastima, recordando el crecido número de víctimas del anarquismo en estos postreros años; emperadores, emperatrices, reyes, presidentes de poderosas repúblicas cuyo crimen consistía en la suprema autoridad de que estaban investidos?

Ante la inmensidad de males que agobian á la sociedad y de peligros que la amenazan, Nuestro deber Nos exige que advirtamos de nuevo á los hombres de buena voluntad, sobre todo á los que ocupan puesto preeminente, que deben considerar, y á ello les conjuramos en este momento, los remedios que exige la presente situación, y, con previsorá energía aplicarlo sin tardanza.

Ante todo conviene enterarse de estos remedios y aquilatar su valor. Lo que desde luego oimos ensalzar hasta los cielos es la libertad y sus beneficios, cosas en que se cifraba el remedio soberano y se veía un incomparable instrumento de orden fecundo y prosperidad. Pero los hechos han demostrado luminosamente que la libertad carecía de la eficacia que se la quiso atribuir. Conflictos económicos y luchas de clases estallaron por doquier, y no se ve apuntar por ningún lado la aurora del día que ha de traer la paz social. Mas prescindiendo de esto, y como cada cual puede comprobarlo por sí mismo, tal como se entiende hoy, es decir, concedida indistintamente á la verdad y al error, al bien y al mal, la libertad no conduce á otra cosa sino á rebajar todo lo noble,

santo y generoso, y franquear más libremente el paso al crimen, al suicidio y á las pasiones más abyectas.

También se ha sostenido que el fomento de la instrucción, dando á la multitud ilustración y cultura, bastaría para sustraerlas de sus tendencias malsanas y contenerlas en los límites de la rectitud y la providad. Más la dura realidad ¿no nos está demostrando á cada paso para qué sirve la instrucción que no va acompañada de una sólida educación religiosa y moral? Por efecto de su inexperiencia y de la fermentación de las pasiones, el alma de la juventud sufre la fascinación de las doctrinas perversas y, singularmente, de los errores que una prensa sin freno siembra á granel, los cuales, deprabando á la vez la inteligencia y la voluntad, alimentan en la juventud el espíritu del orgullo y la insubordinación, que tantas veces altera la paz de las familias y de los pueblos.

También se cifraron grandes esperanzas en los progresos de la ciencia, y, ciertamente, la pasada centuria los ha visto bien grandes, bien inesperados, bien maravillosos. Pero ¿es acaso cierto que tales progresos nos hayan procurado la plena y renovadora abundancia de frutos que de ellos esperaba el deseo de tantas gentes? Ciertamente que el vuelo de la ciencia ha abierto nuevos horizontes al entendimiento, y que ha ensanchado el imperio del hombre sobre las fuerzas de la materia, y que la vida terrena se ha suavizado en muchas cosas. Y, sin embargo, todos sienten y muchos reconocen que la realidad no corresponde á las esperanzas. Y no se puede negarlo cuando se completa el estado de los animos y las costumbres, cuando se examina la estadística criminal, cuando se escuchan los sordos rumores que parten de abajo y se observa el predominio de la fuerza sobre el derecho. Sin mencionar todavía las muchedumbres que padecen miseria, basta una ojeada, aunque sea rápida, á cuanto pasa en el mundo, para comprobar que una indefinible tristeza embarga las almas y un inmenso vacío existe en los corazones.

El hombre ha podido hacerse dueño de la materia; pero la materia no ha podido darle lo que no tiene, y en las grandes cuestiones que se refieren á nuestros intereses más elevados, la ciencia humana no ha dado solución; la sed de verdad, el hambre de bien, el anhelo de lo infinito que nos devoran, no han podido saciarse, y ni los goces y los tesoros de la tierra, ni el aumento de las comodidades de la vida han podido calmar la angustia moral en el fondo de los corazones.

¿Habrá que mirar con desdén, habrá que renunciar á las ventajas que trae consigo la instrucción, la ciencia, la civilización y una prudente y dulce libertad? Ciertamente que no. Al contrario; es preciso tenerlas en alta estima, conservarlas y acrecentarlas, como capital de sumo valor, porque constituyen medios que de suyo son buenos, y porque Dios los quiere y con su infinita sabiduría los ordena al bien y provecho de la familia humana. Mas es necesario subordinar su empleo á la voluntad del Creador y no separarlos nunca del elemento religioso, con el cual reside la virtud, que, juntamente con una eficacia especial, les comunica una verdadera fecundidad. Tal es la incognita del problema. Cuando un ser orgánico perece y se corrompe, señal es de que ha cesado de experimentar la influencia de las causas que le constituyeron y dieron forma, y para verle otra vez sano y floreciente no hay duda de que se ha de colocarle de nuevo bajo la acción vivificante de aquellas causas. Pues bien la actual sociedad, en su loco intento de huir de su Dios, ha rechazado el orden sobrenatural y la revelación divina, y se ha sustraído así á la saludable eficacia del Cristianismo, que es manifiestamente la más sólida garantía de orden, el lazo más fuerte de fraternidad y el inagotable manantial de las virtudes privadas y públicas. De tan sacrílego abandono nace el desorden que ahora la trabaja, y esta descarriada sociedad debe volver al seno del cristianismo si le importan verdaderamente su calma, su salud y su bienestar.

(Continuará.)

E D I C T O .

Nos el Dr. D. Gabriel José Serrano Checa, Dignidad de Deán de esta S. I. C. y Delegado para la instrucción de expedientes sobre capellanías y memorias piadosas de esta Diócesis, etc., etc.

Hacemos saber: Que en esta Delegación se instruye expediente de conmutación de ventas de la capellanía, que con servicio en la Iglesia parroquial de la villa de Talavera la Real fundó D.^a Catalina de Vargas, á instancia de D. Manuel Almeida y Hernández, Presbítero como Capellán cumplidor de las cargas de misas de expresada capella-

nía; habiéndose acordado por decreto de este día llamar por el presente edicto á todos los que se crean con derecho á la expresada conmutación para que dentro del plazo de *quince* días, contados desde la inserción del mismo en el *Boletín oficial* de la Provincia y en el *ECLESIAÍSTICO* de esta Diócesis, comparezcan á usar de su derecho por sí ó por persona que los represente; apercibiéndoles que de no verificarlo, se procederá sin ellos á lo que haya lugar.

Badajoz á 8 de Mayo de 1902. Dr. Gabriel José Serrano.
—Por mandado de S. S.—Lic. A. Sócrates Gómez Jara.

VIGILIA DE PENTECOSTÉS

Nuestro Exmo. y Rvmo. Prelado recibió el día 2 del actual el siguiente telegrama, de cuyo contenido se dió conocimiento inmediatamente á los Sres. Curas y encargados de Parroquia por medio de una circular para que lo hiciesen saber á los fieles al ofertorio de la Misa del Domingo próximo pasado. Dice así el susodicho telegrama:

«Ministro Gracia y Justicia.—Según me comunica señor Ministro Estado, Su Santidad se ha dignado disponer por telégrafo lo siguiente: Accediendo deseos Su Majestad Reina Regente, Su Santidad ha dispensado de la vigilia de Pentecostés á todos los católicos españoles el día de la mayor edad de S. M. el Rey mediante oración ó limosnas voluntarias. Lo que tengo la honra de participar á V. S., á fin de que sirva publicarlo en Boletín Eclesiástico, para conocimiento de sus diocesanos.»

TOMA DE POSESIÓN

A propuesta de nuestro Exmo. Prelado, aceptada por el Gobierno de S. M., ha sido nombrado Cura propio de la Parroquia de Nogales el Pbro. D. Rafael Tejero y Ramos, que lo era de la de Galizuela, suprimida en virtud del Nuevo arreglo Parroquial, tomando posesión de su nuevo curato, el día 1.º de los corrientes.

COLECTAS.

Año 1902 **Dinero de San Pedro.**

	Pts.	Cts.
Suma anterior.....	3.434	74
Clero de Calera de León.....	6	»
D. Francisco Artero López, Pbro. Coadjutor de id. por estipendio de una misa.....	1	25
ALCONCHEL		
Sr. Cura Ecónomo, 25.—D. Tomás Méndez, 25. —D. Miguel Rodríguez, 10.—D. Jacinto Ro- dríguez, 5.—D. Saturnino Benitez, 5.—Don Jacobo Mazón, 5.—D. José Rufino García Vi- nuesa, 5.—D. ^a Amalia Mauricio, 2.—Sacris- tán de la Parroquia, 0'50.—Organista, 0'50.— Acólitos, 0'50.—TOTAL.....	83	50
D. ^a Josefa Vargas, de Ribera del Fresno.....	10	»
D. ^a Jacoba Rubio, de id.....	5	»
Parroquia de Solana.....	5	»
Id. de Villafranca de los Barros.....	30	»
TOTAL.....	3.575	49

*
* *

Año 1902 **Santos Lugares.**

	Pts.	Cts.
Suma anterior.....	347	72
Parroquia de Valverde de Llerena	2	50
Id. de Sta. Eulalia de Mérida	2	50
Id. de Calera de León.....	3	»
Id. de Albalá.....	2	»
Id. de Alconchel.....	9	»
Id. de Villagarcía.....	2	»
Id. de Aceuchal	6	»
Id. de Sta. María de Mérida.....	5	80
Id. de Táliga.....	2	»
Id. de Villafranca de los Barros.....	12	50
Id. de Torre de Sta. María	3	»
Id. de S. Jorge.....	1	85
Id. de Arroyomolinos	4	75
TOTAL.....	404	62

*
* *

Año 1902.

Misiones de Africa.

	Pts.	Cts.
Suma anterior.....	374	99
Parroquia de La Haba.....	2	15
Id. de Sta. Eulalia de Mérida.....	2	50
D. ^a Tecla Reistegui de Ribera del Fresno.....	5	»
D. Manuel Torres, de id.....	5	»
Varios fieles, de id.....	6	»
Parroquia de Villafranca de los Barros.....	12	50
TOTAL.....	408	14

—◆—

Cuentas de Fábrica.

—

Se han recibido las de las siguientes Parroquias: Villar del Rey.—Montanchez.—Torremejía.—Alcuescar.—Puebla de la Reina y Valle de Santa Ana

—◆—

Estados Parroquiales.

—

Se han recibido los de las siguientes Parroquias: Valle de Santa Ana.—Santa María de Nava.—Torre de Miguel Sesmero.—Los Santos y Ribera del Fresno.

—◆—

ANUNCIOS

—

Triunfo del Amor de Dios.—Obra provechósima para toda suerte de personas, particularmente para las que, por medio de la contemplación, desean unirse á Dios, compuesta por el P. Fr. Juan de los Angeles, predicador de la provincia de San José de los Descalzos.—Reimpresión tomada de la edición de Medina del Campo del año 1590.—Prólogo-prospecto de esta edición.

Siendo ya bastante conocido el autor del presente libro por su obra *Diálogos de la Conquista del Reino de Dios*, huelgan recomendaciones que el lector hallará en la erudita y galana introducción que puso en la mentada obra el P. M. Mir.

El erudito Sr. Menéndez Pelayo, en su *Historia de las ideas estéticas de España*, juzga á Fr. Juan de los Angeles por uno de los más suaves y regalados prosistas castellanos, cuya oración es río de leche y miel. Confieso que es uno de mis autores predilectos; no es posible leerle sin amarle y sin dejarse arrebatado por su maravillosa dulzura, tan angélica como su nombre.

Es en verdad, dice el P. Mir, dulcísimo deleite para el entendimiento y para el corazón la lectura de este escritor de Madrid.

Dispénsele el público, dice su editor E. Gregorio del Amo, el favor que merece, sobre todas las almas que tratan de oración, y no será la última joya literaria-mística que saquemos del rico tesoro que tienen en nuestra España los pobrecillos hijos del Serafín Ilagado.—Un hermoso tomo en 8.º prolongado, impreso sobre papel Vergé, de 600 páginas.—Precios: 3 pesetas en rústica, y 4 en pasta, imitación antigua.

* * *

Fábulas Ascéticas.—La librería católica de D. Gregorio del Amo, de Madrid, ha hecho una nueva edición (la quinta), notablemente aumentada por su autor, de las hermosísimas Fábulas Ascéticas que en verso castellano y variedad de metros escribió el M. I. Sr. D. Cayetano Fernández, Chantre de la Metropolitana de Sevilla. Del mérito de la obra nada hemos de decir: muchos de nuestros lectores habrán admirado quizá, «la fé cristiana, el vasto saber y el ánimo constante, con que, según frases del eruditísimo señor D. Aureliano Fernández Guera, llevó el Chantre de Sevilla al apólogo la verdad de las verdades, la verdad evangélica, correspondiendo el asunto á los fines, y la forma al asunto».

La obra se recomienda por sí misma y puede adquirirse al precio de dos pesetas.

Badajoz: Imprenta, Litg. y Encd. de Uceda Hermanos.

11.—Francisco Pizarro.—11